

EL CÍRCULO DE CARTAGO.

MAYO 19, 1989.

Roberto Murillo.

F

RANCISCO HERNÁNDEZ Urbina fue inspector (lo que hoy se llama, con terminología poco feliz "orientador") en el Colegio de San Luis Gonzaga, allá por el tiempo de la invasión soviética a Hungría y de la muerte del primer Somoza. Aquel culto profesor hondureño no se limitaba a anotar las ausencias a clase ni a sancionar las libertades de los estudiantes en el uso del uniforme, sino que explicaba la ilustración francesa, con actitud liberal, en las ausencias del profesor de historia, o la teoría de la evolución, sin inhibiciones religiosas, cuando faltaba la profesora de biología. No entendía por qué los estudiantes de aquellos días, como los de hoy, éramos tan "poco leídos", con tan escasa iniciativa para comprender y discutir los problemas de la vida y de la cultura. Sugirió que se creara un círculo de estudios en el que, libremente, los

muchachos pudieran ejercer la curiosidad y la dialéctica y, siendo cartagineses, un poco también la ironía. Los que aceptaron la idea del profesor Hernández y echaron las bases -he aquí otra expresión de su agrado- del círculo de estudios que primero se llamó Alejandro Aguilar Machado, luego Mario Sancho y hoy escuetamente Círculo de Cartago, no sabían que estaban creando algo, si no para la eternidad, sí para una duración inusitada en este medio inconstante y olvidadizo.

El 30 de agosto de 1956, en casa de la estudiante Diana Masís Fernández, se reunió un considerable grupo de colegiales con mucho entusiasmo y menos perseverancia, al olor de la novedad, procedentes principalmente del IV año, para fundar el Círculo, según consta en actas que aún se conservan. John Saxe Fernández, hoy profesor de

sociología en la UNAM, Adolfo Chacón Solano, ahora de la representación de Costa Rica en la ONU y Manuel Baldares Carazo, hoy economista, fueron los primeros líderes de aquella actividad. Muy pronto se definieron las reglas del juego: las reuniones eran semanales y, en cada una, un miembro del *Círculo* desarrollaba un tema prefijado, que los demás habían de discutirle. Con audacia, los líderes hablaban a través de la radioemisora local y de la Radio Fides, usando como motivo las polonesas de Chopin y como lema pensamiento y acción, difundiendo noticias culturales y planteando problemas comunitarios de Cartago. Y también, ¡peleando!, desdichadamente en primer término contra el mismo profesor Hernández, quien en aquellos días, de macarthismo retardado en nuestro paralelo, parecía comunista siendo liberal.

El *Círculo de Estudios* fue madurando lentamente, como sus asociados, que viajaron, entraron a la universidad, leyeron y discutieron, mientras descubrían el positivismo y el socialismo, el existencialismo y todo lo que el vasto mundo podía

revelarles, en agudo contraste con el Cartago aldeano y conservador, de reuniones familiares en los entierros y entusiasmo por la predicación misionera, de cabalgatas y lances de honor. Cuando quien escribe entró en el *Círculo*, ya éste era el medio para que los aires de la reforma universitaria de Rodrigo Facio llegaran a Cartago. El año 58 ofrecimos un ciclo de conferencias sobre pensamiento contemporáneo, con los profesores Láscaris, Saumells, Olarte, Amighetti, entre otros. Láscaris fue un amigo permanente del *Círculo*, conducía hasta Cartago a sus colegas y oía sus conferencias, disfrutaba del café sencillo y cordial que ofrecíamos a los maestros. Años después, en el 63, ofreció Constantino una de sus mejores conferencias en la cátedra del *Círculo*: sobre el General Volio y su increíble vida, a la vez real y legendaria. La conferencia que tuvo más público fue sin embargo la de Salvador Aguado sobre Doctor Shivago, de Pasternak, obra famosa, que valió a su autor el Premio Nobel, y que recién el año pasado han podido leer los rusos.

Pero la actividad cultural pública nunca tuvo la importancia de la amistosa y esforzada labor interna. Las sesiones se realizaban en el gimnasio del colegio, en un saloncito del Convento de los

Capuchinos o en la Biblioteca Pública. La hora de reunión, siete de la noche de los sábados, era la más exigente, como exigente era también la máxima: si un miembro del Círculo tiene novia, el Círculo no pierde a uno de los suyos, gana más bien una. Ya era mucha libertad que una muchacha pudiera salir de su casa, fuera de los cánones ortodoxos, a la reunión de 7 a 9 p.m.. Y casi libertinaje que fuera a la Puerta del Sol a tomarse una cerveza de 9 a 10 p.m., pero mayor atrevimiento, aunque no censurado, que brindara, como lo hacíamos, por la eternidad del Círculo de Estudios. Las reuniones tenían un sabor pitagórico, de cierta superioridad esotérica, que le fueron ganando al círculo rencores y envidias, aunque nunca efectiva competencia. Y cumplimos lo que decía Láscaris: que Cartago es la única comunidad pagana de Costa Rica, en el sentido etimológico de adoración de la naturaleza: mientras leíamos a la Generación española del 98, redescubríamos con amor los rincones del Valle de Cartago, exaltábamos el verde de Coris y el de la Laguna de doña Ana, conquistábamos los bosques de Ochomogo, hacíamos nuestro el Reventazón de

Tapantí, bendecíamos la floración de Tierra Blanca. Por su culto barojiano y su delectación en Valle Inclán, sobresalía en este paganismo, localista pero generoso, Víctor Jiménez, hoy distinguido médico patólogo, pero aún más que nosotros, tan inconscientemente jóvenes, caminaba sin cansarse de pensar y enseñarnos Miguel Sturdza, el príncipe rumano en exilio, profesor de francés de gran cultura, apasionado por la metabiología, que vivía en Costa Rica como en tregua de la política mundial, narrada por él con furia quijotesca.

Para el Círculo, el Cartago ideal, culto y hermoso, noble y alegre, era como la utopía de Platón: ese Cartago que más bien se ha ido alejando con el tiempo. Nos habíamos propuesto dos metas próximas: la transformación del Colegio de San Luis Gonzaga en un liceo universitario de gran calidad, merced a su autonomía, y la creación de una biblioteca pública de pleno servicio. La lucha sin cuartel que se libró por ambos ideales o quimeras merecería circunstanciada narración: borrascosas sesiones municipales, encendidos artículos en la prensa, enfrentamientos en el seno de la Junta del Colegio... Saldo: que el Círculo cumpliera su lema sin

temores, que sus miembros maduraran más en la derrota que en la victoria, que el Colegio continuara sin novedad, que la biblioteca Mario Sancho ocupara un nuevo local, grande en el año 63, ya muy pequeño hoy, cuando se anuncia su traslado a la Plaza de la Independencia y, así lo esperamos, su merecido engrandecimiento y modernización.

Discontinuas, las actas del *Círculo de Estudios* recuerdan los temas que, cual tesinas, desarrollaba un candidato a asociado para ser admitido en el restrictivo cenáculo o para poder mantenerse en él: el universo de Teilhard de Chardin, discusión sobre *El Diablo y El Buen Dios* de Sartre, el estado hegeliano y su crítica por Marx, Don Juan según Gregorio Marañón, la metafísica de Antonio Machado, la finalidad en biología, las geometrías no euclídeas y centenares de asuntos interdisciplinarios, antes de la invención de este término. Máxima, pedante pero útil: un miembro del *Círculo* va a sus clases de colegio o Universidad, más preparado que el profesor, y lo que para otros es trabajo, para él es deleite.

La filosofía es el núcleo de toda auténtica cultura y fue, desde luego, el centro del *Círculo*, pero sus miembros siguieron las más diversas carreras y en su seno se discutía de todo lo divino y humano. Y aunque no terminaría si anotara los nombres de los que, con mayor o menor constancia, fueron sus asociados, recuerdo ahora, entre los más asiduos, temiendo siempre cometer injustos olvidos, a Ramón Madrigal y Egennerly Venegas (ambos de filosofía del derecho), Flor del Carmen Portuñez (biología), Manuel González (química), Jorge Araya (matemáticas), Isabel Quesada (economía), Haydee Garro (filología), Marco Castillo (sindicalista), Roberto Castillo (filosofía), Franklin Aguilar (agronomía), Rodolfo Watson (ingeniería civil), Angela Valverde (filología). Aunque esto no se puede asegurar, mi opinión es que el *Círculo* tuvo el principio del fin cuando se trasladó, como tantas personas y valores de Cartago, a San José. Sus últimos años conocieron, no obstante, una intensa actividad, en la que sobresalió el jurista y filósofo de la historia Jorge Enrique Guier.

Sin embargo, después de treinta y dos años, el *Círculo de Cartago* existe hoy, después de una metamorfosis, gracias a la perseverancia y singular

vocación de Guillermo Coronado (historia y filosofía de la ciencia), quien desde los primeros setentas ha ofrecido asilo, en su casa de Cartago, apoyado por su gentil esposa Nora, a un grupo de josefinos que hasta allá se trasladan a menudo para discutir temas de epistemología o de ética, en relación con las ciencias y las tecnologías. De allí que, de alguna manera, cabe terminar estas líneas brindando por la eternidad del Círculo de Cartago.

Tomado de Murillo, Roberto.
Segundas Estancias.
Cartago: Editorial Cultural
Cartaginesa, ECUC. 1990. 197-
200.